

Estos hechos, y sobre todo el último, indican perfectamente que la creencia en la existencia de almas de objetos inanimados es una creencia á la cual ha llegado el hombre en cierto periodo de la evolucion intelectual, deduciéndola de una creencia previamente establecida respecto de las almas de los hombres. Sin esperar pruebas más especiales, que daremos más adelante, el lector comprenderá lo que quisimos decir cuando negamos que el hombre primitivo hubiese podido degradarse hasta el punto de descender en inteligencia á un nivel más inferior que el de las bestias, confundiendo lo animado con lo inanimado. Verá también las razones que tuvimos para afirmar al mismo tiempo que, desde que el hombre primitivo construye sus concepciones, se expone á confundirlas con las conclusiones que saca de una creencia natural, aunque errónea, á la que previamente había llegado.

Cerrando este paréntesis, es útil antes de acabar hacer observar las diversas clases de almas y espíritus que crea este sistema de interpretación.

Por de pronto tenemos las almas de los parientes muertos. Estos toman en el espíritu de los sobrevivientes formas claras, lo que les distingue de las almas de los antepasados, que á su vez, por causa de su alejamiento, aparecen vagas: de ahí viene la idea de las almas individualizadas en diferentes grados.

Tenemos todavía los duplicados viajeros de personas dormidas ó sumidas en una insensibilidad profunda. Lo que Schweinfurth nos dice de los Bongos, demuestra que no se confunden en lo más mínimo estos espíritus con los otros. Este pueblo, en efecto, cree que los viejos «aunque parezcan acostados sosegadamente en su choza, pueden sin embargo aconsejarse con los espíritus del mal» en los bosques.

Añádase alguna vez, las almas de las personas despertadas que salen por un cierto tiempo: por ejemplo, los Karens creen que «todo ser humano tiene su espíritu guardian que marcha á su lado ó que le abandona para ir á buscar aventuras en sueños; y que si permanece ausente demasiado tiempo, se le puede llamar por medio de ofrendas.» En los Malgaches tenemos la prueba de que estas distinciones se admiten efectivamente, solo que tienen nombres diferentes para distinguir el espíritu de un vivo del de un muerto.

Todavía tenemos que indicar otra clasificación de almas ó espíritus: de una parte los de los amigos; por otra los de los enemigos, los de los miembros de una tribu y los que pertenecen á miembros de otras tribus. Claro está que estos grupos no son idénticos respectivamente: hay, en efecto, las apariciones de hombres malos pertenecientes á la tribu, así como también las de enemigos

implacables que no forman parte de ella; hay asimismo, en ciertos casos, los espíritus malignos que permanecen sin sepultura. Pero se puede decir de una manera general que tal es el origen de los buenos ó malos espíritus: la buena ó malavolencia que se les atribuye después de la muerte, no es más que una continuación de la buena ó malavolencia que habían atestiguado durante su vida.

A estos espíritus es preciso añadir las almas de otras cosas, de bestias, de plantas y objetos inanimados. Clavigero nos dice que, según los Mejanos, «las almas de los animales gozan de la inmortalidad.» Los Malgaches «creen que los espíritus de los hombres, como también los de los animales, residen en una grande montaña situada hacia el Sud.» Pero como quiera que se admita con bastante frecuencia la existencia de almas de animales, y que los Fijianos y otros pueblos creen que las almas de los utensilios destrozados vayan al otro mundo, no son muchos los hechos que prueben que se consideran estas almas como susceptibles de intervenir frecuentemente en los negocios humanos.

Solo falta observar la diferencia progresiva de las concepciones de los cuerpos y del alma, cuyos hechos nos facilitan la prueba. Lo mismo que en el último capítulo, hemos visto que á medida que la inteligencia se desenvuelve, la idea de insensibilidad permanente llamada muerte, se diferencia por grados de las ideas de los diversos géneros de insensibilidad temporal que la simulan, hasta tanto que al fin parecen de una naturaleza completamente distinta, de la misma manera vemos aquí que las ideas de un ser material y de un ser no material, no adquieren sino lentamente las diferencias que les ponen en franca oposición y es el aumento del saber, unido al de la potencia de la facultad crítica que determina este cambio.

Por ejemplo, los Basutos, que creen en la materialidad del otro yo, se sienten arrastrados á pensar «que marchando un hombre por la orilla de un río, puede un cocodrilo agarrar la sombra que proyecta en el agua y arrastrarlo consigo.» Vemos perfectamente que sus ideas son por cierto tan inconciliables, que el progreso de los conocimientos físicos deba modificarlas y hacerlas concebir el otro yo bajo una forma menos material. Otro ejemplo; de un lado el Fijiano considera el alma material hasta el punto de que en el viaje que cumple después de la muerte, un dios puede atraerla y matarla estrellándola contra una roca; y del otro cree que cada hombre tiene dos almas, su sombra y su imagen reflejada. Notorio es que estas creencias están muy poco de acuerdo entre sí, y que la crítica debe en definitiva cambiarlas. A medida que el pensamiento se

hace más reflexivo, con mayor claridad el espíritu percibe este desacuerdo. De aquí resulta un compromiso. El segundo yo, concebido primitivamente bajo una forma tan material como la del primero, va volviéndose cada vez menos material: unas veces semi-sólido, otras aéreo, otras etéreo. En este estado, ya no se le atribuye ninguna de las propiedades que son para nosotros la señal de la existencia; no falta más que afirmar la realidad de un ser completamente indefinido.

IDEAS DE OTRA VIDA

La creencia en la reanimación supone la creencia en una vida subsiguiente. El hombre primitivo, incapaz de reflexionar, faltado de un idioma que le permita pensar con reflexión, concibió esta vida como pudo. De aquí el caos de ideas que se ha forjado con referencia al estado individual después de la muerte. En las tribus que opinan que la muerte es el aniquilamiento, encontramos no obstante creencias incompatibles con aquella, por ejemplo, en ciertos pueblos del África que Schweinfurth ha visitado, procuran no encontrar ciertas cavernas por creer que allí están muertos los espíritus malignos de todos los fugitivos.

Puesto que las ideas de una vida futura son incoherentes necesariamente al primer momento, es preciso que aclaremos los puntos principales, y que indagemos los estados por que han pasado para llegar al de la más grande coherencia. En un principio la creencia es limitada y parcial. Acabamos de ver que ciertos pueblos creían que la resurrección depende del tratamiento que los cuerpos han sufrido, y que la destrucción de los cuerpos produce el aniquilamiento del individuo: que otros creían además que una vez comenzada la segunda vida puede acabar violentamente, esto es, que puede suceder que el duplicado del muerto sea muerto otra vez en lucha, ó que perezca en el camino que conduce á la tierra de los muertos, ó que los dioses lo devoren. En ciertos casos, las ideas de casta proporcionan aun una restricción á la creencia: en las Islas Tongas se supone que solamente los jefes tienen alma. Entonces se dice que la resurrección depende de la conducta y de los resultados que pueden alcanzarse. Ciertos pueblos creen que la segunda vida es el precio de la bravura; los Comanches, por ejemplo, hacen de ello el privilegio de los bravos, de los que demuestran audacia para arrancar cabelleras, ó en robar caballos. Por lo con-

trario, según dice Brinton, una tribu dulce y pacífica de Guatemala, estaba persuadida de que toda muerte que no fuera natural hacía desconfiar de una vida futura, y por consiguiente, abandonaban los cuerpos de los individuos muertos á las bestias y á los buitres. Añadamos aun que la segunda vida depende del buen deseo de los dioses, como se vé en los antiguos Arianos, por ejemplo, que en sus oraciones pedían otra vida y ofrecían por ella sacrificios. En fin, en ciertos casos, se encuentra una creencia implícita de que la segunda vida concluye después de algún tiempo por causa de una segunda muerte definitiva.

Antes de estudiar la concepción primitiva de la vida futura, examinemos este último carácter y su duración.

Entre los hechos que sugieren la idea de otra vida, hay uno que sugiere un límite á la presente, á saber: la aparición de los muertos en los sueños. Sir John Lubbock, es á mi entender el primero que la ha indicado. Evidentemente las personas muertas que se dan á conocer durante los sueños, han de ser personas que ya eran conocidas en vida de los que las sueñan; por consiguiente, las personas muertas desde hace mucho tiempo, dejan de aparecer en sueños, de donde resulta que no existen para nadie, como por ejemplo los salvajes Mangnjas, que basan expresamente su creencia en una vida futura en el hecho de experiencia que sus amigos los visitan durante su sueño, concluyendo de ello naturalmente que, cuando sus amigos dejan de visitarlos durante su sueño, es que han dejado de existir. De donde el contraste que sir John Lubbock cuenta tomándolo de Chaila. Preguntad á un negro, dice éste, «dónde está el espíritu de su bisabuelo, no le conozco,» contesta, «ya no existe.» Habladle del espíritu de su padre ó de su hermano fallecido recientemente, «y vereis como se sobrecoge de terror.» Y como más adelante lo veremos, al tratar otra cuestión, los hechos que los sueños nos presentan, establecen en el espíritu de los Amazulus una distinción no menos profunda entre las almas de las gentes muertas recientemente y las de las gentes muertas hace ya mucho tiempo: éstas, según entienden, han muerto para siempre.

Como la noción de una vida de ultratumba temporal se transforma, al desenvolverse en la idea de una vida de ultratumba perpétua, es cosa que no ha de ocuparnos. Por de pronto, nos basta hacer sentir que por grados se llega á tal noción.

¿Cuál es el carácter de esta otra vida de ultratumba á la que ya se cree de